

verna del lobo ó la madriguera del leopardo; allá va en busca de una Cordelia que no existe, porque Cordelia era la fidelidad y la fidelidad murió de frío!

¡Cuánto más cautos y felices los que, como ese duque de Aosta que acaba de morir, cercado de cariños, supieron arrojar desdeñosamente la corona por el balcón de sus palacios! Amadeo, como el archiduque Maximiliano, pensó que iba en caballerescas aventuras, á despertar á una princesa encantada. Pero Amadeo vió que lo habían engañado; que las leyendas son leyendas y que la fantástica princesa era una manola que abría ya la navaja para herirlo. . . . y entonces, con menosprecio y noblemente, tiró la corona para que la levantara el que quisiera.

Y es buen ejemplo el de Don Amadeo I de Saboya. El ex-emperador del Brasil escribía hace poco al cantante Stagno. *El reinado de usted ha durado más que el mío.* Y es verdad. La voz de un tenor dura hoy más que un imperio.

En Inglaterra la monarquía está muy vieja. En España está muy niña y los niños se mueren fácilmente. En Alemania puede morir de congestión. En Rusia va á morir de frío. . . . ya lo oísteis: ¡el Czar está muy pálido!

PERROLLAZ ESTÁ PÁLIDO.

Recuerdo haber escrito cierta vez un artículo titulado «El Czar está pálido.» Y no lo dije porque lo ví, sino porque el Sr. Lee-Kook que está, como Dios, en todas partes, lo había dicho.

Esa palidez preocupó mucho á las cancillerías europeas, de lo que infiero que la paz del viejo continente, depende de que el Czar esté muy colorado.

Ahora bien; la paz de las familias en las presentes circunstancias depende, á mi entender, de que el Sr. Perrollaz esté ó no pálido.

Hay quien crea que la rifa zoológica está subvencionada por Guatemala con el fin de que pase inadvertido el conflicto centroamericano. Y con efecto, nadie se preocupa de que haya salido el General Menéndez del poder y de este mundo. Lo que nos interesa es saber si mañana saldrá *pato*. Los animales siguen teniendo muchos partidarios.

El rey de los animales—dígolo sin mal fin—no es el león, como habían convenido nuestros padres. No, señor, es Perrollaz. Este buen amigo mío, que ya no va pareciéndome tan bueno desde que se niega á confiarme sus secretos, es hoy por hoy el verdadero autócrata de México. Hemos tenido tres imperios; el de Iturbide, el de Maximiliano, el de Perrollaz. Y dos intervenciones funestas: la de los franceses y la de los animales. Su Majestad Perrollaz se apoya no en las bayonetas pero sí en el número: en los brutos. Y cuando quiere, vuela, y cuando quiere, nada; y cuando se le antoja anda en cuatro patas. El hace los peces que nadan en el aire y las aves que vuelan en las aguas.

Nosotros, fatigados al fin ¡gracias á Dios! de luchas y banderías políticas, hemos dado á nuestra actividad incurable empleo, más noble en las partidas zoológicas beligerantes. Ya no hay juaristas, ni

lerdistas ni imperialistas: ahora hay patistas, gatistas y perristas. No queremos que salga tal ó cual presidente, sino este ó ese animal. Hay personas que darían la vida por un pavo.

En esta revolución no corre sangre, no! Ya lo hemos dicho en prosa—creo que ya lo dije en verso—que el acero de las espadas se había convertido en rieles de ferrocarril. Y ustedes se convencerán de que eso es cierto, si observan lo delgaduchos y frágiles que están los *rails* de muchas líneas férreas. A esta innovación en el uso del acero, debía corresponder otra en el uso de la sangre. Hoy la sangre ya no se usa: lo que se usa es la plata, y ésta es la que está corriendo á mares en la guerra zoológica.

Ni la de tres años ha causado más estragos que ésta de tres meses. Conozco á un individuo muy honrado, muy bueno, muy patriota, muy partidario del conejo, que ha sacrificado su haber y el porvenir de su familia, á la causa de ese nobilísimo animal. Eso se llama ser leal, abnegado y útil á la patria.

Hay personas también que llevan setenta y nueve días de estar derramando su sangre, ó sea su plata, por sacar de la cárcel en que están encerrados con notoria injusticia, al sabio pato y á la inocentísima serpiente. La caja de madera que verán ustedes en la Plaza de San Juan, es la bastilla moderna, es la bastilla de los animales.

¿Que el Sr. Pérez está en prisión, después de averiguada su inocencia? . . . ¡Bueno, pues esté! al cabo es muy hombre. Lo que nos importa es que no esté encerrado el elefante, que es muy animal. Y los esfuerzos denodados de la prensa, los del pueblo, los de México entero, tienden á ese fin.

Antes se preguntaba:—¿Qué santo es mañana?—Ahora se pregunta:—¿Qué animal saldrá mañana?—Antes le llevaba uno á su familia un pavo asado envuelto en papeles. Ahora se le lleva á la misma respetable y numerosa enemiga de nuestro reposo, un pape-lito que dice pavo, y que no tiene pavo adentro. Pasa lo que con el acero, lo que con la sangre; todo cambia: hoy no comemos pavos, pero compramos sus retratos. Ninguna intervención ha sido tan efectiva como esta. Y conste que no me atrevo á llamarla intervención extranjera, porque se trata de animales y no quiero ofender á la Sociedad protectora de los mismos. Esta intervención no solo ha revolucionado la República, sino también los hogares.

Un condiscípulo mío, que jamás ha estado en ninguna escuela ni en ningún colegio, aunque sí frecuenta otros malos lugares, se divorció ayer de su señora, por incompatibilidad zoológica. A él le gusta el gallo y á ella el toro; naturalmente han tenido que sostener, por principios políticos, una lucha encarnizada. Y como salió toro, el señor se ha indignado.

Los padres están en guerra con sus hijos; el burro abre un abismo infranqueable entre los hermanos, como en la época de Caín y

Abel; y hasta se ha dado el caso de que las suegras voten con los yernos á favor del gato.

Hemos tenido guerras internacionales y guerras civiles; hasta ahora tenemos, merced á la intervención de los animales, una guerra doméstica.

Y el Sr. Perrollaz es la causa de las causas, la que desconfiaron de encontrar Augusto Comte, Littré, Spencer y cien otros. Es el primer principio. Más atrevido que Hernán Cortés, conquistó á México con veinticinco animales. Se llevó él los tesoros de Cuahutemoc. Se ha encontrado la piedra filosofal en la cabeza de los mexicanos.

Nada de extraño tiene, en consecuencia, que todos lo persigan y lo busquen y lo admiren. El está en el secreto: sabe si al tercer día ha de resucitar el guajolote. Por la mañana—creo que á las siete en punto—escoge al animal que ha de hacernos animales á todos. Y en seguida . . . ¿qué sucede en seguida con el Sr. Perrollaz? Yo creo que desaparece, que se va al Paraíso en un carro de fuego como Elías, ó que se hunde por un escotillón como los personajes de las magias. Ví alguna vez en mi vida á Perrollaz. Pero creo que ya no volveré á verlo ni mucho menos á hablarle. Tal vez solo existe de siete á siete y media de la mañana y de seis á seis y cuarto de la tarde. Después se borra como si la humanidad fuera una pizarra, y él una cifra escrita en ella. Se encuentra á Saint-Saens, se encuentra á Eyraud, se encuentra á los que robaron á Brillanti, á los que robaron á Phillipp . . . no se encuentra á Perrollaz.

Cuando menos, debe de ser un troglodita, ó para hablar en cristiano, habitante de cavernas. Y hace bien. Si el Sr. Perrollaz tuviera forma corporal como nosotros y si pagara casa como nosotros, veríase en graves aprietos. No podría dormir, por temor de hablar en sueños revelando el nombre del animal que se propone encerrar al día siguiente. No podría contestar á su cocinera, sin inmutarse cuando ésta le preguntara si hacía costillas de carnero ó patas de puerco. ¡Borrego ó marrano! *That is the question!* Todos lo invitarían á comer, á tomar copas, con la esperanza de volverlo expansivo, hablador, agradecido. ¿Y amar . . . ? ¡Oh, qué difícil le sería amar!

—¡Una prueba! ¡Una sola prueba de cariño! ¿Es conejo ó es perro? He aquí el problema!

Hay, sin embargo, algunos mortales venturosos que han visto al Sr. Perrollaz, cuando no está oficiando. Y uno de ellos echó de ver que se había puesto pálido cuando álguien dijo:

—Hoy sale mariposa.

Y cuentan los testigos de la escena que, en efecto, el Sr. Perrollaz se puso pálido.

—¡A comprar mariposa!—se dijeron todos—¡y salió jaguar!

Aquí tienen ustedes por qué ya no creo ni en la mismísima palidez de Perrollaz.

Y conste que no lo llamo amigo mío, á pesar de que amigos hemos sido, y de que en mucho aprecio su talento. Desde el momento en que desconfía de mí, en que me oculta algo, aunque ese algo sea animal, y no me dice, en el seno de la amistad, lo que él sabe y á mí me interesa saber, ya no es mi amigo. Sin embargo, puede volver á serlo cuando guste.



EL CIELO ESTÁ MUY AZUL.

El cielo está implacablemente azul. Cuando sale uno del baño matinal, azotado por el chorro de agua fría que, á manera de látigo, nos azuza para que corramos, el calor aún tibio de la atmósfera, parece voluptuoso; la tersa limpidez de las capas superiores cautiva la mirada, y ese sol refulgente que parece salir de caza levantando nubes de polvo en su camino, semeja gallardo, altivo, triunfador. Ni una nube en las crestas de las montañas: los blancos rebaños que Eolo cuida, no aparecen. Ni franjas color de rosa ni cintas color de ambar en el horizonte. Todo azul.

Sin embargo, fijándonos un poco echamos de ver que ese azul está un tantico sucio. No se ha lavado todavía con agua fresca y para disimular el desaseo se ha puesto polvo de arroz en la cara. Es un azul deslabazado, que no ha dormido bien y conserva la fiebre del insomnio. Otras veces lo vemos profundo, intenso, enérgico. Ahora no: está desleído.

Como las almas, el cielo necesita la lucha para resplandecer. Si triunfa de las cerradas nublazones, de los negros nimbus, esplende. La calma prolongada le deja soñoliento, pálido. Alzo hoy los ojos para verle y se me figura que es un desierto. Ninguna caravana de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, cruza por esa extensión; no se presenta ningún camello amarillo y giboso en el horizonte; no se columbra al mercader que de Damasco viene con su mula cargada de telas color de escarlata, ni se presume que puede haber, en donde los montes lindan con el cielo, un oasis, una cisterna, un sitio húmedo y sombroso: no hay una sola nube en el espacio.

A medida que el día avanza, aumentá el calor. Cae sueño sobre la naturaleza. Las acacias que al soplo de la brisa ríen moviendo sus calados abanicos, están ahora inmóviles. El árbol no sacude

sus hojas, y parece pintado con lápiz verde sobre fondo azul pálido. Tiene la vegetación ese color brillante, mas sin vida, de los tibores japoneses. El agua anda despacio y sin tararear ninguna de sus canciones favoritas. La tierra está echada.

En otras ocasiones tal parece que la tierra se mueve y hace fiestas. Ora bebe agua, ora deja que el aire haga danzar la arena; ya hace cosquillas á las espigas, que se retuercen riendo; ya dice no sé qué palabras á las rosas, y las ruboriza. Pero bajo esta atmósfera pesada, ni el menor movimiento se percibe en ella. Camina el buey con mayor lentitud; no ladra el can; las ovejas salen á pastar con el cansancio y el desgano del oficinista que vuelve al interrumpido trabajo por la tarde; los pastores se tienden sobre la yerba con la cara hacia el suelo, y ni el gallo animoso cacarea. Es la siesta; pero la siesta sin esperanza. ¡Ni una sola nube!

No es piadoso este cielo. Es como esos espíritus monótona y egoístamente buenos, que viviendo vida contemplativa, no ejercitan la caridad. Prefiero el cielo apasionado, el iracundo, el que, como Don Juan, anda á estocadas con alguaciles y cuadrilleros de la Santa Hermandad, el que se emboza y desenvaina el rayo; ese cielo que tonante blasfema y que fecunda la naturaleza. Bueno es que la inmensidad azul tenga sus días de campo, sus días en que vista de muselina vaporosa, y sus noches de fiesta, en las que luzca sus alhajas. Pero ha de pasar también, para que sea completamente hermosa, por crisis de amor y celos; han de relampaguear sus ojos por la pasión encendidos. . . . para eso, más feliz que diosas y mujeres, tiene pupilas color de cielo ó profundamente negras, á su antojo.

La tierra quemada y reseca tiene sed. El río corre furtivo y vergonzante, por lo hondo, para que no le vea ella y tenga que decirle: nada tengo. Y cuando miro la sedienta mazorca, delgaducha, amarilla, que se empina á modo de chicuela que no alcanza con sus manos el brocal del pozo, pienso en las criaturas indigentes que no tendrán acaso alimento mañana. Entonces ese cielo azul me parece de acero, frío, cruel.

La sequía destruye nuestras sementeras. El sol las asaetea. La tierra no tiene ya jugo que dar, y ha de sufrir lo que la madre cuando ve enjutos sus senos y mira hambriento al hijo. Parece desmayada la naturaleza. Hay agua para nosotros, agua para nuestro vino, agua para nuestro baño sibarítico, agua para la magnolia que se ostenta en jarrón de porcelana, pero no hay agua para el pan del pobre.

El especulador se regocija y acapara cereales. Para ese el hambre es una Celestina. Esa le lleva á las vírgenes, le corrompe á las esposas, le vende á vil precio los humildes muebles del obrero. Para ese la sequía es fecunda y pródiga. Come él hambre ajena.

¡Son hermosos los trigales cuando la lluvia los alienta á tiempo! Los segadores emprenden, cantando, su tarea, porque el buen trigo no se queja de que lo corten con la hoz: no le duele, y quiere convertirse en blanca harina. El trigo es apacible, manso, rubio. En sus campos se aman castamente Ruth y Booz. Es el oro en la edad de la inocencia. Es el oro que tiene blanca el alma. Tanto lo amó Jesús que quiso perpetuamente unirse á él. La hostia es suya.

Rebosa el granero; viene chirriando la carreta, abrumada por el peso de los haces; rodea la era un nimbo místico; la hoz brilla como la mirada de una joven que acaba de hacer alguna buena obra. . . . ¡qué alegría en los campos! ¡qué olor de cuerpo sano despiden la naturaleza! El grave, noble buey, está contento de sí mismo.

Más tarde la blanca, leve harina, saldrá como purificada del molino para ir al horno, en donde, por amor al hombre, se convierte en alimento. Fué rubia, fué blanca; luego es buena. Salva al niño enfermito; sirve de apoyo al achacoso anciano. Es la contestación que manda Dios á los que le piden el pan de cada día.

Pero ahora, pensando en la sequía que aniquila el maíz, como por reflejo, esos trigales, esas ondulantes sábanas de oro, transformándose en mi imaginación, se me presentan en distinta forma. Veo el *petate* agujereado en donde duerme el indigente; veo la luz amarilla de la vela de sebo pegada á la tarima; y la transparente amarillez del niño hambriento, y hasta las flores tristes color de ocre, que los pobres les llevan á sus muertos.

Esas noticias pidiendo agua que nos transmite el telégrafo; esas cifras que, secas aparecen en las cotizaciones de la bolsa, señalan un hecho desconsolador: la sed está haciendo hambre. El maíz se pierde; la tortilla, ese único viático que recibe el indio para su caminata por la tierra, encarecerá dentro de poco; el frijol sube de precio, y la cazuela del peón ya no va llena al campo de labranza. . . . la caridad abre sus ojos asustados y se prepara á tender la mano suplicante.

Vuelvo la vista al cielo y está azul, muy azul, sin una nube. Todas las nubes se agruparon en los oscuros horizontes de la vida.

LOS NIÑOS TRISTES.

No hay un cansancio que tanto me condele como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero, en la «Noche de Octubre:» «se parecía á mí como un hermano.» Esos, en cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeuntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen las tristezas del poeta. ¿Qué llora en esas almas? ¿Qué callan esos taciturnos? ¿Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recién apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca y que casi siempre huele mal?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo: el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

¡Pero el niño . . . ! Pues qué, ¿la risa no nace de sus labios, no se hizo para ellos? Pues qué, ¿no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten,

porque—esta monstruosidad existe—hay padres malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes, si no se les auxilia. Ningún daño han hecho, y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese que no tiene fuerzas; ese que se ve empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que entenece más intensamente.

Cuando tiene uno hijos y puede darles lo que necesitan, lo supérfluo, teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarran el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al circo no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes, y no olvidan porque nada tienen que olvidar, no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos; pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado, con el sueño.

¿Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en la noche del dieciseis, cuando llovían estrellas de púrpura y ondulantes vívoras de oro culebreaban en el cielo. Era de una mujer, casi de un cadáver, que iba cargando á una criaturita como de seis meses. El cadáver de su marido se había quedado á obscuras en la casa. ¡No; no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba, con su pedacito de vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios por donde pasa la alegría, una limosna para enterrar al muerto, y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas, y sentí remordimiento. ¿Cómo acababa de gastar en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevara en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos; pero ya mi limosnera, mi acreedora, había desaparecido. Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indigencia, en el mar de la miseria; y mi egoísmo quedó embebido en la resaca pie-

dra que no tocan las alas blancas de la caridad. Fuí malo, si, fuí criminal.

En mis pesquisas, al torcer una esquina, salióme al paso una chiquilla de once á doce años, vivaracha, rubia, de ojos grandes. Parecía hija de francés. Su mirada no pedía limosna, pero ella sí me la pidió. Se la negué . . . me fué siguiendo, y . . . me repugna escribir lo que me propuso . . . no lo escribo!

Esa es más huérfana que la otra, y más infortunada porque tiene más vida. ¡Santo cielo! Hay algo todavía más triste que ver á una niña huérfana y á una madre hambrienta!

A LOS AUSENTES.

En los primeros días del año es costumbre—y costumbre simpática por cierto—la de enviar tarjetas, cartas ú obsequios á las personas más queridas, á todos los amigos y hasta á los simples conocidos. El recuerdo envía un buen deseo más ó menos cariñoso, espontáneo ó interesado, sincero ó ficticio, á aquellos con quienes algún vínculo nos une. A los que bien se quiere, parece decirseles:—todavía vivimos; ¡todavía os queremos!—Se responde—¡Presente!—á la amistad que pasa lista.

Pero hay algunos seres bien amados cuyo paradero, cuya residencia ignoramos. Al paso que vivimos, vamos viendo más y más que este mundo es muy grande, no tanto por el espacio que ocupa, sino por la distancia que separa á unos de otros. Estamos lejos hasta de muchas gentes bien queridas que viven á pocas varas de nuestra casa. Cada año observa uno que ha tenido más dispersos en el batallón de los suyos: los muertos, los heridos, los que se quedaron rezagados por cansancio, los que se ignora á dónde fueron. La espesa de un amigo suele robarnos al amigo; el vicio—¡infame!—nos arrebatá á otro; el trabajo, implacable, nos aparta, nos aísla de los nuestros; no podemos visitar, no podemos escribir; á unos, por ricos ellos, les huímos; á muchos, por indolencia ó tedio, les perdemos de vista; quién marchó á tierras extrañas y viaja sin que sepamos con certeza cuál es la ciudad, el punto en que se halla; quién se oculta deliberadamente á nuestro afecto por recónditas razones; pero siempre el alma, sagaz y adivinadora, siente, cuando no ha perdido esos cariños, volar en torno suyo los buenos deseos que no se expresan, las palabras dulcemente mudas, ese latir de corazones muy distantes pero nunca ausentes del nuestro, y que venciendo

el tiempo y el espacio se unen y forman el hogar caliente del espíritu.

A esos ausentes, más bien dicho, á esos lejanos me dirijo. Becquer dijo en un verso brumoso y como al despertar de un sueño:

Solo sé que conozco á muchas gentes
A quienes no conozco.

Pues bien, yo digo—y esta es mi gloria y es mi orgullo:—solo sé que tengo muchos amigos á quienes nunca he visto, que no me conocen y que jamás me conocerán. Lo último no es mi gloria ni mi orgullo: es mi desgracia, es mi tristeza.

En la vida literaria, tan llena de sinsabores, encuentra el espíritu dichas, alegrías inesperadas; y de ellas, la más intensa, la más viva, es la de saber que se ha despertado una simpatía en alguien, ó que se ha fijado en uno la mirada de alguno de esos genios próceres, á quienes jamás habríamos osado, sin previo llamamiento, aproximarnos. ¡Ah! se está muy á oscuras, se tiene mucho frío, se tiene mucho miedo; y de improviso se abre la ventana que da al sol, la ancha, la grande, y entra la luz, entra el calor, ¡entra la vida! ¡Eso, eso se siente cuando nos escribe, halagándonos, un gran poeta; cuando recibimos el libro que nos manda para nosotros, con su firma, con la sombra de su pensamiento en la primera página—un escritor admirado; cuando nos dice un ser desconocido:— No te conozco, pero quiero conocerte.

Eso, eso se siente. ¡No estoy solo! Fué mi nombre en el aire, como arrancada hoja de árbol, y no cayó en el mar ni en pozo entenebrido: ¡hubo una mano que la recogió! No se extinguió como el sonido, no se apagó como la luz; le abrigaron, le infundieron aliento, y vive aún! Pobre es el mío; pero sería blasfemo si se quejara de la suerte; sería ingrato si no amase á los que, apiadados de la desnudez en que le vieron, hanle ataviado con las regias galas de ellos.

Y, sin embargo—lealmente lo confieso—he sido ingrato. Ingrato con Llonca el de la admirable *Odisca del alma*, el de la *Noche de dolor en la montaña*, el de los *Caballeros del Apocalipsis*, el que ha salpicado la púrpura de la poesía americana, como si hubiera deshecho el collar más rico de una reina, con deslumbradores diamantes, que llama él sonetos, el admirado por Víctor Hugo, el que sujeta á ritmo la palabra solemne de los bosques; he sido ingrato con Jorge Isaacs, á quien admira América, y más todavía, le ama: ingrato con Rafael Obligado, artista excelso, poeta altísimo; ingrato con Rafael Pombo, el que nunca morirá porque dió vida á la muerte en

elegía inolvidable; ingrato con Rubén Darío, el fastuoso, el príncipe, el magnífico, el de Venecia, el de Oriente, el de la luz; y con Calixto Oyuela, bien querido de la musa helénica; y con Ricardo Palma, el de los frisos en que retozan las figuras; y con Pérez Bonalde que ya se murió; y contigo, mi Julián del Casal, que me ennoblecés llamándome tu hermano; contigo que te arrodillas junto á mí en la capillita de alabastro donde se oye la «sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gauthier; y contigo también Ismael Enrique Arciniegas, enamorado feliz de la belleza, maestro en refinamientos y elegancias; con Quesada, el de las deleitosas *Crónicas Potosinas*, el diplomático subamericano más conspicuo después de Zorrilla San Martín, porque éste es genio; con el maestro Miguel Antonio Caro; y. . . ¡pasad, ya mudos, mis remordimientos! Fuera la procesión interminable para los ojos de mi vergüenza que se asoma á verla. Casi la enormidad de mi delito es su disculpa: con todos he sido ingrato.

Por eso, y aunque sea repugnante el egotismo, hablo hoy y en público de mí á esos ausentes tan admirados, tan queridos, para decirles: ingrato el escritor, no ingrato el hombre. Al escritor lo atan, lo prenden, lo sujetan, lo enclavan. El hombre siente inmenso cariño para los que son con él tan buenos, tan generosos y tan pródigos. Cada uno de esos magnates ha derramado felicidad en mi vida. Que esa felicidad y toda la mía vaya con ellos.

Hay también para quien está en diaria y continua comunicación con muchedumbre desconocida, amigas y amigos á quienes no puede enviar su recuerdo de año nuevo porque. . . porque no sabe cómo se llaman. . . porque no sabe en dónde están. Pero existen. . . están en alguna parte. . . yo lo siento, y eso es lo que me anima. El encuentro con una de esas simpatías que andaban en la sombra, me recuerda por lo hermoso, por lo vivificador, el encuentro de Dante con Beatriz. Entonces, hasta las lágrimas salen para ver ese cariño. Hay almas afines, separadas por el espacio ó por distancias morales, que suelen reconocerse, hablarse en un instante. Ese instante se llama claridad. De la momentánea conjunción de esos espíritus siempre nace algo inmortal. Y al despedirse las dos almas, se dan una cita misteriosa, tristemente bella. ¿Para cuándo? Tal vez para mañana. Siempre para siempre.

Si se descubre que ha vibrado algo nuestro en otro ser, que hemos traducido, sin saberlo, ajenos dolores, ajenas esperanzas; que durante un minuto fuimos el amigo de la desconocida ó el desconocido, que ya quedó nuestro recuerdo en alguien, aun cuando sea como queda un niño muerto en su cajoncito de raso, diríase que un baño de luna, pálidamente, nos rejuvenece. Sí; se alzan los sueños, á modo de hojas secas al parecer revividas por la ráfaga de aire que gimiendo las levanta; se cree, cerrando los ojos, en la bondad de la